



Α

Martes, 15 de abril, tercera indicción.
Año 6498 de la Creación (990 d.C.)
Decimocuarto año del reinado de Basilio II
Villa de Manuel Kolastés, a cinco millas al norte de Atalia
Provincia de Kibyrronetes (Asia Menor)

CUANDO UNO ES VIEJO y ya no tiene demasiado que esperar de la vida, cualquier alegre acontecimiento que rompa la rutina puede convertirse en la excusa perfecta para montar un pequeño festín. La vida siempre merece ser vivida, aunque con moderación, pues, a estas alturas, uno ya no está para demasiados excesos. Con la barba rala, el cuello grasiento, el vientre hinchado, la cabeza pelada, la mirada hundida, el paso torpe y las manos temblorosas, ¡quién se reconoce en las locuras de la juventud! ¡Cuán lejanos parecen ya los recuerdos de las aventuras vividas, de la sangre derramada, de los amigos perdidos, de las mujeres amadas! Ahora, en el ocaso de tus días, ver madurar las mieses, medrar los campos, conversar sosegadamente con tus viejos amigos, pasear por el jardín de la mano de tu esposa, ver crecer a tus nietos y prosperar a tus hijos... ¿Acaso no es más que suficiente? Tan sólo precisas alguna pequeña chispa de excitación de vez en cuando.

Eso va a ser para nosotros la celebración de la Pascua el próximo domingo, en compañía de mi hijo Teodoro y su familia. Sus deberes como navarca le obligan a pasar mucho tiempo fuera de Constantinopla,

realizando maniobras navales o inspeccionando las bases de la marina imperial y de las flotas provinciales. Ha sido una de esas misiones la que le ha traído a Kibyrroetes en estas fechas y ello le ha permitido venir a visitar a sus ancianos padres. Cuando ayer recibimos la noticia de que la galera de Teodoro acababa de amarrar en el puerto militar de Atalia y que con él venían su esposa Eudoxia y sus hijos, mi querida Sofía casi se volvió loca de alegría. ¡Hacía tanto que no los veíamos! La pobre está encantada con sus dos nietos, que andan todo el día de un lado para otro, poniéndolo todo patas arriba y volviendo medio locos a los criados. Mi mujer parece haberse quitado unos cuantos años de encima: sus ojos han vuelto a iluminarse y el color ha retornado a sus mejillas.

Es una pena que la distancia nos impida encontrarnos más a menudo con nuestros hijos, pero así es la vida; el Imperio es demasiado grande y el correo demasiado lento para poder dar satisfacción a los anhelos de dos ancianos. Pero al menos nos queda el consuelo de saber que hemos cumplido con nuestro deber de padres y que dejamos a nuestros hijos en buena situación. Helena –que nos escribe de vez en cuando desde la lejana Trebisonda donde su marido, el protoespartario Cosmas, ejerce como turmarca del estratega de Caldia–, parece la mujer más feliz del mundo; no debe ser de otra manera, pues en su última carta nos anuncia un nuevo embarazo, ¡el quinto! En cuanto a Pedro, su juventud parece haberle proporcionado la energía y la determinación necesarias para convertir el pequeño astillero heredado de su tío-abuelo materno en uno de los más importantes de Tesalónica. Lo último que hemos sabido es que él y su joven esposa estaban en Constantinopla por asuntos de negocios. Ahora esperamos ansiosos su próxima carta.

Claro que nuestra familia no está formada sólo por nuestros hijos y parientes directos. ¿Acaso Artemio no se ha ganado el derecho a formar parte de ella? Ya esclavo, ya manumitido, siempre ha estado con nosotros y ha compartido conmigo momentos de placer y de peligro. Ahora, en la madurez, en compañía de sus hijos y de su amada Constancia, administra nuestras posesiones en Nicea con tan buen sentido que Sofía y yo hemos decidido que lo mejor es que él las herede cuando pasemos a mejor vida.

Sí, lo hemos hecho bien y creo que nos hemos ganado el derecho a gozar de una vejez apacible. Lástima que las continuas guerras contra los búlgaros impidan a los romanos disfrutar tranquilos de la prosperidad de su Imperio. Está visto que Dios quiere seguir poniendo a prueba la fe de su pueblo.

He aprovechado que Teodoro está aquí para ponerme un poco al corriente de la marcha de la guerra. Lo malo de vivir en provincias es que las noticias suelen llegar tarde y de forma fragmentaria. Por eso, uno de mis pasatiempos favoritos es bajar de vez en cuando hasta Atalia y dejarme caer por el puerto para ver qué nuevas han llegado con los mercantes y las galeras que allí arriban. Lo menos que puede pedírsele a un anthypatos, por anciano y respetable que sea, es que esté mínimamente informado de la marcha del mundo.

¡Los búlgaros! Parece que los romanos estaremos condenados a guerrear para siempre con estas bárbaras gentes, por muy cristianas que sean. Ni siquiera nuestros viejos enemigos –los musulmanes– resultan tan peligrosos, porque mientras que con estos últimos la guerra tiene lugar en las lejanas fronteras de oriente, con los escitas hay que luchar a las puertas de casa, en Grecia, en Iliria, en Tracia... Por fortuna las murallas de Constantinopla son un obstáculo demasiado formidable para las ambiciones de su rey Samuel. Cada vez está más claro que trata de revivir los triunfos del gran Simeón y sospecho que incluso tiene la vana esperanza de conquistar el Imperio y convertirse en autócrata de romanos y búlgaros. Lamentablemente para él, sus deseos no coinciden con los de la Romanía, ni con los de nuestros santos emperadores.

Sin embargo, las noticias que habían llegado hasta nosotros durante esta primavera eran muy poco tranquilizadoras; durante las recientes turbulencias internas del Imperio, los búlgaros habían recuperado el terreno perdido años atrás frente al emperador Juan y avanzado hacia Tesalónica, lo que había obligado al emperador Basilio a acudir en persona allí para organizar su defensa frente al invasor. Y como Pedro y su familia viven en esa ciudad, Sofía y yo hemos estado muy preocupados, hasta que hemos sabido que se encontraban a salvo en la capital.

Según me contó Teodoro durante la cena, los combates y las escaramuzas en Iliria y Macedonia son constantes y cruentos, pero las armas romanas, bajo la dirección del propio emperador y del jefe de los ejércitos de occidente, el Doméstico Nicéforo Uranos, han logrado estabilizar la situación y asestar serios reveses al enemigo, conjurando la amenaza que pesaba sobre la segunda ciudad del Imperio, poblada por más de sesenta mil almas.

Ahora, los esfuerzos militares se centrarán en asegurar la región en torno a Tesalónica y en recuperar Beroea, la plaza que defiende el acceso a la ciudad desde el oeste y que los búlgaros tomaron tiempo atrás. Sin

embargo, parece que ese es un objetivo que llevará su tiempo, pues el enemigo se ha hecho fuerte en ésta y otras zonas.

—Como sabes, padre, los búlgaros son excelentes soldados —me recordó Teodoro— y han sabido aprovechar bien las lecciones que tantos años de guerra les han brindado. Su caballería, pese a ser pequeña en número, está muy bien equipada y entrenada, si bien el grueso de sus fuerzas lo sigue componiendo la infantería. Pero ésta no puede competir, hombre por hombre, con nuestra infantería pesada o con nuestros mercenarios rusos. Sin embargo, su gran ventaja es el conocimiento del terreno. Y, como tú me enseñaste, el que controla los desfiladeros y las quebradas, domina la batalla.

—Parece que la guerra será larga y difícil —comenté.

Teodoro asintió y bebió de su copa.

—Sí, más de lo que la gente cree. Nos enfrentamos a un pueblo orgulloso y lleno de energía, de lo contrario no habrían podido reconstruir con tanta rapidez su reino. Pero, por fortuna, el Imperio es fuerte. Al final, con la ayuda del Todopoderoso, lograremos someterlos y veremos desfilar a Samuel y a los suyos por la Mesé, la avenida principal de la ciudad, camino del Hipódromo, para postrarse a los pies del emperador.

Traté de imaginarme la escena por un momento. La capital engalanada bajo un cielo azul, las avenidas cubiertas de pétalos de flores, los soldados vistiendo resplandecientes armaduras, el enemigo humillado y encadenado, arrastrando su desgracia por las calles de Constantinopla, entre los insultos del populacho y los vítores a las tropas triunfantes, las trompetas y los tambores atronando el aire... Sí, desde luego será un buen espectáculo, siempre y cuando Dios sea clemente y esté con nosotros.

Teodoro había comenzado a explicarme algunos otros aspectos tácticos de la guerra búlgara cuando vi de reojo cómo mi esposa, a quien nunca le habían hecho demasiada gracia ese tipo de historias, se revolvía en su sillón, carraspeaba y luego fruncía el ceño. Al cabo de tantos años de matrimonio la conocía demasiado bien como para no darme cuenta de lo que significaban aquellos gestos y lo que nos esperaba.

Tal y como supuse, la regañina no tardó más que unos instantes en ser descargada sobre nosotros:

—¡Ya está bien! —exclamó Sofía, con ese brillo de furia en los ojos tan característico de ella— ¿Os parece que éste es el lugar y momento adecuado para hablar de sangrientas batallas y de cuerpos desmembrados?

16 ¡Guerra, caballos, armas! ¡Parece ser de lo único que sois capaces de hablar

cuando los dos os encontráis! Si tanto os gusta la guerra, coged vuestros platos y vuestras copas y marchaos al establo a jugar a los soldaditos, pero a nosotras dejadnos cenar tranquilas. ¿Verdad, querida?

A su lado, Eudoxia, divertida, hizo un gesto de aprobación.

—Tienes razón, madre —asintió con una sonrisa mientras hacía una señal a una criada para que le retirara el plato—. Siempre están hablando de lo mismo y llenando las cabezas de nuestros hijos de ideas poco recomendables para una larga y próspera vida. ¡A Teodoro le encantaría que nuestro hijo Demetrio se entretuviera leyendo sus tratados navales en lugar de las fábulas de Esopo y las Sagradas Escrituras!

Eudoxia tomó un sorbo de vino y, mientras jugueteaba con la copa pasando un dedo por el borde, clavó sus bellos ojos en Teodoro y añadió quejosa:

—Las mujeres de los soldados somos muy desgraciadas; nuestros maridos parecen disfrutar más con la guerra y la caza que con los placeres que les aguardan en casa.

Como solía ocurrir, el tirón de orejas de mi nuera pilló desprevenido a Teodoro, que durante unos instantes no supo qué contestar, pues era bastante más diestro con la espada que con la lengua.

—Somos soldados, querida —gruñó al fin—. Y tenemos un deber que cumplir para con el Imperio.

—No me vengas con cuentos, esposo mío —replicó contundente mi nuera—. ¿Es que te crees que no sé a qué clase de deberes se dedica tu amigo el Drongario en las largas noches de invierno, en la intimidad de los galeras ancladas en los puertos de Constantinopla? ¿Cuántas jovencitas van ya? ¿Cincuenta? ¿Cien?

Eudoxia tenía su parte de razón. El jefe de la flota, el Drongario Casandro, ha cosechado con el tiempo una merecida fama de crápula y se rumorea que uno de sus pasatiempos favoritos es desvirgar doncellas, cuanto más jóvenes y bonitas mejor. Pero en lo que se refiere al desempeño de sus deberes como jefe de la flota imperial no hay nada que objetarle y eso es lo único que le importa a nuestro soberano.

—Mujer, no todos somos así —protestó Teodoro.

—¡Faltaría más! —replicó ella— No tengo quejas sobre tu fidelidad, esposo mío, pero sí de la atención que tú y tus amigos prestáis a vuestras familias.

Al oír aquellas palabras en boca de su mujer, Teodoro se quedó cortado y sin saber cómo replicarla. Bajó la vista y pareció buscar argumentos

en los reflejos que la luz de las velas dibujaba en el vino de su copa. Pero no debió hallarlos pues guardó silencio. Mejor así. Ni Eudoxia ni Sofía tienen pelos en la lengua, sobre todo cuando creen que la razón está de su parte. En esos casos, lo mejor que puede hacer uno es callarse.

—Bueno, ¿qué tal si hablamos de otra cosa? —propuso Sofía, paladeando su pequeño triunfo doméstico—. Dime hija mía, ¿sabes algo de tu joven primo Isaac? Tengo entendido que tus tíos le han preparado una buena boda con una... Koniacetes, ¿verdad?

Dado que la alianza entre nuera y suegra suele tener efectos devastadores, Teodoro y yo nos miramos y, sin decir una palabra, decidimos obedecer y olvidarnos de la guerra búlgara. Mejor sería centrar nuestra atención en el disfrute de las sabrosas viandas que teníamos frente a nosotros. La salsa de setas y las compotas estaban deliciosas, así que no era cuestión de dejar que se enfriasen por una discusión.

¡Por San Demetrio! Ya me gustaría ver aquí a alguno de esos clérigos moralistas que claman y proclaman sobre la necesidad de que las mujeres permanezcan recluidas en sus aposentos y obedezcan en todo a sus esposos. ¡Seguro! Mientras picoteaba en los distintos platos, me fijé en las sonrisas jocosas que adornaban los rostros de nuestros fieles criados y me di cuenta de que debía ser muy divertido ver cómo el anthypatos Manuel —en tiempos bravo conde de una bandera de caballería del regimiento Excubitores de los Tagmata, la élite del ejército romano— y su hijo, el protoespatario Teodoro —navarca de la flota imperial y hombre de confianza del Gran Drongario—, escondían el rabo entre las patas como perrillos ante las regañinas de una anciana de sesenta y tres años y de una joven de veintiocho. ¡Qué vueltas da la vida!

Una vez que nuestras mujeres habían dejado muy claro quién mandaba esa noche, la conversación giró por otros derroteros y la velada discurrió con placidez. Entre plato y plato, Sofía se puso al corriente de los últimos cotilleos de Constantinopla y Eudoxia hizo lo propio con los de Atalia. Realmente parece increíble que una ciudad en otros aspectos tan discreta como ésta pueda producir semejante cantidad de escándalos, aunque también sería interesante saber cuáles son ciertos y cuáles fruto del aburrimiento provinciano de sus habitantes. Hay que reconocer que despellejar a los vecinos, y más aún si se trata de personas notables, es un buen entretenimiento.

Parecía que las impudicias locales, y con ellas la velada, llegaban a su fin cuando Teodoro se palmeó la frente:

—¡Oh! ¡Casi lo olvido, padre! Tengo noticias de un viejo conocido tuyo. ¿Recuerdas a Esteban? ¿Esteban Dafnopates?

—¿Esteban Dafnopates? ¡Dios mío! Tú no eras más que un crío cuando él ya ejercía como juez de región en Blaquernas. Más tarde su tío Teodoro —que era el eparca o gobernador de la ciudad—, le nombró jefe de su cancillería. Por desgracia, al trasladarnos aquí nuestra relación se hizo más esporádica y terminamos por perder el contacto. ¿Y dices que tienes noticias tuyas? ¿Cómo anda el viejo sabueso?

Me bastó con ver la fugaz mirada de reproche que Eudoxia dirigió a su esposo para comprender que las noticias sobre Esteban no eran las que yo habría deseado oír.

—Siento mucho tener que anunciarte tan tristes nuevas —dijo al fin Teodoro—, pero Esteban ha fallecido.

Durante unos instantes fui incapaz de reaccionar.

Esteban muerto... ¡No puede ser!, pensé, turbado y sin terminar de creérmelo del todo. ¡Oh Dios! Llegamos a viejos sólo para terminar viendo morir a los que amamos.

—¿Cuándo ocurrió? —pregunté, sin poder ocultar mi tristeza.

—Hace poco más de un mes, en un pequeño monasterio cerca de Selibria, en Tracia, al que se había retirado hace unos años, tras enviudar. Según me ha contado su sobrino Metrófanes, que estuvo con él en sus últimos días, Esteban llevaba algún tiempo arrastrando una grave enfermedad que le llevó finalmente a la tumba. También me dijo que la última voluntad de su tío fue que te hiciera llegar un mensaje.

—¿Un mensaje de Esteban? ¿De qué se trata?

—Es una carta sellada. Espera un momento.

Teodoro mandó llamar a uno de sus criados. Éste, tras recibir las órdenes oportunas, abandonó el comedor para regresar al poco con un rollo de pergamino en la mano que entregó a Teodoro.

—Aquí tienes —Mi hijo me tendió la carta.

Recogí el grueso rollo con mano temblorosa por la emoción; no todos los días se recibe la carta póstuma de un viejo amigo. Rompí el sello, desenrollé la carta, pasé por alto las saluciones formales y comencé a leer:

«Recibe los sinceros saludos de un viejo amigo, mi querido y muy añorado Manuel. Espero que, cuando leas esta carta, tu salud sea mejor que la mía en el momento de escribirla. Si he de ser sincero, casi preferiría que no la estuvieras leyendo, pues eso significará que la enfermedad que me acecha

desde hace tantos años habrá ganado la partida y yo habré pasado ya a mejor vida. A propósito, ya que estoy a punto de reunirme con el Supremo Hacedor, te prometo mantenerte informado de lo que vea y oiga en la otra orilla, para que puedas saber a qué atenerte. Al fin y al cabo, amigo mío, no es lo mismo que el barquero nos conduzca al gozoso Reino de nuestro Señor que a los cálidos brazos de las virginales huríes del Paraíso de los mahometanos; ahora que lo pienso, casi me agrada más esta última perspectiva y empiezo a arrepentirme de no haber abrazado antes el credo musulmán. ¿Tú que opinas? No, no te asustes, mi querido Manuel, disculpa la broma: sigo siendo un cristiano fiel y ortodoxo. Pero, como diría nuestro buen abate Nicolás, “a Dios también le gusta un buen chiste de vez en cuando”».

Al leer aquellas primeras líneas escritas por la mano temblorosa de mi difunto amigo no pude evitar una sonrisa, mezclada con un sentimiento de congoja. Esteban siempre había sabido mantener el buen humor, incluso en las circunstancias más duras. Era evidente que no era la espiritualidad lo que le había llevado a ingresar en un monasterio.

De pronto sentí la necesidad de estar a solas con aquella carta y con mis recuerdos. Me disculpé ante mis familiares y abandoné la sala camino de nuestra humilde biblioteca. Una vez allí, encendí varias velas, cerré la puerta, me acomodé entre los cojines de mi sillón favorito y, con la única compañía de mis libros y mis escritos, me dispuse a continuar leyendo la larga carta del difunto Esteban.

«Te pido disculpas por no haberte escrito más a menudo en el pasado, pero los deberes públicos y las obligaciones privadas nos impiden muchas veces tratar como deberíamos a las viejas amistades. Y esto es más doloroso en tu caso, Manuel, pues fueron muchas las agradables veladas que, en compañía de otros buenos amigos, pasamos tú y yo cuando teníamos unos cuantos años menos. ¿Recuerdas los atracones de Nicodemo? Su apetito sólo era comparable con su rectitud, como demostró durante los largos años en que ejerció como legatario. ¿Y qué decir del efecto que un buen vino solía tener sobre la mordaz lengua de nuestro añorado Alejo? Espero que el Todopoderoso no haya sido demasiado estricto y le haya perdonado sus pequeños pecadillos; un erudito no puede evitar ser soberbio».

Alejo. Otro buen amigo perdido algunos años antes. Recordé lo mucho que nos afligió a todos la noticia de su repentina muerte. La Parca le sorprendió mientras trabajaba en una crónica de los reinados de Nicéforo Focas y de Juan Zimiscés. Supongo que alguno de sus discípulos se habrá encargado de terminarla.

«Estos últimos días he estado examinando mi conciencia y poniendo en orden mis recuerdos, Manuel, y creo poder afirmar que voy a entregar mi alma con el ánimo tranquilo, pues siempre he procurado ser justo y cumplir con mis deberes de cristiano y de súbdito. No todos pueden decir lo mismo, ¿verdad?»

Es cierto, pensé. No todos podían estar orgullosos de sus pasos por los senderos de este mundo. Yo mismo tenía muchas cosas que reprocharme y algunas acciones de las que arrepentirme.

«A propósito de evocaciones del pasado, en ocasiones me pregunto, amigo mío, cómo habrían sido nuestras vidas de habernos comportado de manera distinta a la que lo hicimos. Recuerda el caso del asesinato del copista Nicetas. ¿Y si tú no me hubieses acompañado aquella noche?»

¡El asesinato de Nicetas! ¡Dios Todopoderoso! ¡Había pasado tanto tiempo!

Durante años, el recuerdo de aquellos sucesos había permanecido voluntariamente dormido en el fondo de mi memoria. De todos los que habíamos participado de un modo u otro en aquella sangrienta aventura, sólo sobrevivíamos mi fiel Artemio y yo. Los demás habían sido ya arrastrados por el río de la vida. Otros que también se habían visto afectados nunca llegaron a conocer la auténtica naturaleza y la trascendencia de lo ocurrido. Ni siquiera Esteban conocía todos los detalles.

Aunque todavía sostenía entre mis manos la carta póstuma de mi amigo, no pude seguir leyendo. Los recuerdos se agolpaban nerviosos en mi mente, que retrocedía presurosa en el tiempo. Pronto me encontré de regreso en el lugar en el que todo había empezado, durante una hermosa noche de primavera, treinta años antes...